

RELATOS ESOTÉRICOS



INTRODUCCIÓN

La literatura apenas ha incursionado en el mundo esotérico. La ficción se resiste a utilizar un universo tan rico en imágenes como en historias que nunca se han contado. Curiosamente en la actualidad muchos de los bestsellers han decidido servirse de algunos de misterios más superficiales del esoterismo. Así títulos como el Código Da Vinci o el Ocho, por poner solo dos ejemplos, han conseguido vender un gran número de ejemplares.

No obstante la vena más secreta y fructífera del esoterismo permanece aún inédita. Tras haber incursionado durante largo tiempo y en profundidad en esta sabiduría milenaria y secreta me decidí a utilizar todo lo aprehendido para narrar las historias que a mí me gustan. No las que se sirven de un falso barniz de sabiduría para contarnos las mismas historias de siempre, utilizando los viejos géneros narrativos, el suspense, el melodrama, la novela histórica, o los conocidísimos trucos narrativos, el flashback, las historias paralelas, el terror...

Mi intención al iniciar estos relatos esotéricos es la de llegar a los abismos de la verdad, de la sabiduría, a los enigmas más inextricables de la existencia humana. Con un material como el que proporciona la auténtica sabiduría esotérica no es

necesario poseer una imaginación delirante para encontrar historias que nunca se han contado y que muy bien podrían sumergirnos en el terror vital más inusitado y en los misterios más terribles del universo.

He procurado dar a estos relatos un toque de humor y una pizca de cinismo. Solo así el verdadero terror podrá ser apartado de nuestra mirada extraviada, aunque solo sea un momento.

El protagonista de estas historias –el verdugo del karma- es un extraño y cínico personaje que parece intentar sobrevivir en un universo invisible, inexplorado y terrible. Su figura hace de hilo conductor de todas las historias que nos van adentrando en el más allá, que es donde realmente está el misterio y donde nada de lo que nos sirvió en el mundo material vale ahora gran cosa, ni siquiera para entretenernos con vagos recuerdos de lo que una vez fue.

He procurado engarzar todos los relatos que había escrito anteriormente con contenido esotérico en esta saga donde no hay respiro alguno, precisamente porque en el más allá no hay aire que respirar y nuestras mentes parecen tener la última palabra... casi siempre.

NOTA: Esta serie de relatos surgió como un intento del autor para clarificar ciertos conceptos inextricables de las filosofías orientales (budismo, yoga, zen, etc) así como ciertas ideas del conocimiento esotérico que han recorrido la historia humana como un río subterráneo que nadie ha visto, pero que unos pocos han oído zumbiar bajo sus pies alguna que otra vez.

El tema de la muerte está tratado con la seriedad que se merece e intenta explicar de alguna manera el concepto budista de Maya, el engaño a que nos someten nuestros sentidos, haciéndonos ver que algo que no deja de moverse puede ser real; que el tiempo es la única dimensión posible, cuando en realidad no somos otra cosa que unos pequeños naufragos en la oscuridad, alumbrándonos con diminutas linternas que iluminan el rabo de un elefante. Creemos que el universo es ese pequeño trozo de carne peluda sin darnos cuenta que el resto es lo verdaderamente importante. ¿Qué veríamos si pudiéramos rasgar el velo de Maya?

El resto de relatos están narrados por un divertido verdugo del karma que nos explicará, con labia fácil, qué hay más allá de la muerte. Si usted quiere participar en la visita guiada a la gran biblioteca de los archivos akásicos no tiene que hacer otra cosa que dormirse y dejar que nuestro guía oficial, un verdugo del karma, le conduzca a lugares que nunca imaginó que existieran.

RELATOS ESOTÉRICOS

EL VELO DE MAYA

I

LA LINTERNA

Al morir se elevó hacia lo alto y pudo ver, bajo sus pies, que sentía de cristal, la esfera azul a la que los vivos llaman planeta Tierra. Creyó entrar en una nueva dimensión, aunque a su alrededor todo era noche profunda. Pudo contemplar allá, abajo, una infinita llanura oscura por la que caminaban, con gran lentitud, una inmensa muchedumbre de seres bípedos. Portaban en sus manos diminutas linternas, de las que brotaban rayitos de luz de corto alcance. Ellos no lo sabían, porque apenas eran capaces de ver unos metros por delante de sus pies, pero, contemplados desde lo alto, formaban infinitas líneas paralelas que fosforecían en la oscuridad. Dejaban a sus espaldas un rastro de luz que cada vez se hacía menos brillante. Solo en el lugar en el que se encontraban ahora la luz de la linterna permitía observarlos con nitidez. Dicen que las líneas paralelas no se encuentran nunca o tal vez únicamente en el infinito. Por lo que él podía ver ninguna de ellas se entrecruzaba con otra a lo largo del camino.

Aunque ellos se hicieran la ilusión de seguir el mismo camino, en realidad eran muy distintos. Cada uno trazaba un sendero individual y no intercambiable. La corta distancia que separaba a cada uno de ellos de los más próximos podía darles la impresión de estar conviviendo juntos en la misma vida.

Permaneció largo tiempo contemplando la oscura llanura en la que millones de seres humanos creían

compartir sus vidas, al tiempo que se trasladaban, casi a cámara lenta, hacia delante, como si en realidad hubiera una meta al final, que ellos desearan alcanzar. Sin embargo por mucho que él se esforzara, era incapaz de percibir nada en aquel horizonte, negro como boca de lobo. Lo mismo hubieran podido caminar hacia atrás o hacia los lados, por todas partes les rodeaba la noche, apenas iluminada por el tenue haz de luz de sus linternas.



A pesar de su vista de águila era imposible apreciar otra cosa que no fuera el rastro luminoso que dejaban los caminantes a su paso y las linternas moviéndose en la noche. Imaginó que todos se habían puesto de acuerdo para caminar en la misma dirección puesto que muy bien hubieran podido moverse en cualquier otra, incluso formando círculos o las más variadas figuras geométricas. Resultaba chocante observar un movimiento tan perfecto en medio de la oscuridad.

Entonces comprendió que la línea que seguían era la línea del tiempo. Atrás quedaba el pasado en forma de rastro apenas luminoso, que algunos iluminaban unos segundos al darse la vuelta para observar el camino

recorrido. Enseguida reanudaban su marcha hacia el futuro, que no podían ver, puesto que el haz de sus linternas apenas alcanzaba unos pasos más allá de donde se encontraban. Ponían mucho más empeño en avanzar que en retroceder. El no encontraba explicación a este vehemente deseo de seguir hacia delante. La noche estaba también atrás y a los costados. ¿Por qué este empeño en seguir la línea del tiempo en esa dirección precisamente?. Tal vez el impulso hacia lo desconocido les impedía darse cuenta de lo chocante que era ver el tiempo avanzar en una dirección precisamente, cuando nada le impedía retroceder, por ejemplo, o moverse en diagonal.

De vez en cuando dos haces de luz se encontraban al girar en semicírculo. El tiempo que duraba este entrecruzamiento de luces les hacía sentirse unidos en el amor, en la amistad, en la fraternidad, para luego regresar a su camino solitario, sintiéndose más aislados y vacíos que al principio. Quienes no se sentían capaces de soportar la pérdida movían sus linternas frenéticamente, buscando llenar sus vidas con la compasión de los otros.

Curiosamente los amantes, los padres y los hijos, los amigos, los familiares, caminaban paralelos en un espacio tan próximo que hubieran podido pisarse, moviéndose apenas un par de pasos hacia los costados. Sin embargo creyéndoles muy alejados de su vida, perdidos para siempre, abandonaban la ilusión de seguir caminando, posaban la linterna en el suelo y se ponían a llorar y a gemir como si no hubiera ya esperanza para ellos. Se golpeaban con los puños en el rostro y lamían la sangre que brotaba de sus heridas, como si en ello hallaran consuelo. Finalmente, agotados, se tumbaban sobre el suelo oscuro, deseando morir.

Comprendió que eso y no otra cosa era el famoso velo de Maya, sobre el que había leído en su juventud, cuando buscaba en el budismo una respuesta que no encontraba en parte alguna. El engaño en el que todos estaban inmersos procedía de la escasa luz que generaban sus linternas. Sus consciencias se adaptaban a lo que podían ver dos metros por delante y de esta manera vivían y morían en la más burda de las mentiras.

Echó mano a su rostro de vidrio y palpó buscando los ojos que le permitían estar viendo todo aquello. Encontró un ojo en mitad de su frente que desprendía una claridad muy suave y cálida. Este debe ser el tercer ojo, pensó, ese del que habla el conocimiento secreto. Unos cuantos consiguen abrirlo en vida y sus visiones son consideradas como delirios de locos. El resto permanece feliz, con sus dos ojos de carne, que no pueden ver más allá del muro de oscuridad que tienen delante de sus narices.



Ahora que había perdido la visión de sus dos ojos, pudo darse cuenta que la realidad incontrovertible, que ellos creían percibir a lo largo de su vida, no era otra cosa que la sólida oscuridad que les rodeaba. La luz de la linterna creaba reflejos multicolores en el muro. Eso les hacía pensar en una multitud de objetos que reafirmaban su concepto de la realidad como sólida diversidad de cosas.

Cuando los haces de sus linternas se entrecruzaban con los más próximos y cambiaban unas cuantas palabras, descubrían que todos veían lo mismo. Si todos percibimos las mismas cosas, no podemos estar equivocados, pensaban, y continuaban su camino en la noche, imaginando soles y lunas, planetas y estrellas, un presente continuo, rodeado de enseres que no colmaban la sed de sus almas.

El, ahora que estaba muerto, asumía las viejas palabras bíblicas: Vanidad de vanidades y todo es vanidad; oscuridad de oscuridades, todo es oscuridad. ¿Cómo había podido ser tan ingenuo para pensar que algo que duraba tan poco podía ser tan real?. La realidad no se mide por la intensidad del estímulo, sino por el tiempo que permanece en nuestra consciencia. Un delirio no es real, por muy intenso que sea. En cambio, si su duración se prolongara en el tiempo, el delirio iría adquiriendo categoría de realidad. Eso que todos pensamos es real, aunque bien podría ser un delirio compartido. La prueba de ello es lo poco que dura. Basta morir para que las viejas fantasías se desvanezcan.

Los caminantes, con sus linternas férreamente oprimidas entre sus manos, no se dan cuenta de la invisible prisión en la que habitan. Creen no poder comunicarse, amarse, porque sus caminos son paralelos y nunca se encuentran. ¡Pobres ingenuos! No comprenden que bastaría

con enfocar las linternas de su consciencia hacia un costado y permanecer el tiempo suficiente entrelazando sus haces de luz, para que ambos pudieran fundirse en una sola consciencia y un solo sentimiento.

Son como ciegos con linternas, que a veces se pelean por un trozo de suelo negro cuanto tienen el infinito a su disposición. Me dan pena y desearía volar sobre ellos, como un ángel con alas, para anunciarles la buena nueva, para que apagaran sus linternas y pudieran abrir ese tercer ojo que palpita ahora en mi frente, con el que puedo ver la auténtica realidad, una vez rasgado el velo de Maya.

Así piensa al tiempo que descubre la inutilidad de su deseo. No puede moverse, está como clavado en el tiempo, y aunque pudiera hacerlo nunca se oyó de nadie que escarmentara en cabeza ajena. Por eso deberán seguir caminando, con la linterna en sus manos, imaginando que sus vidas son para siempre, felices rodeados de objetos que en el fondo no son otra cosa que un sólido muro de oscuridad. Al morir no dejarán de percibir la diversidad, porque el "yo" de su consciencia aún no ha despertado. Alguien les dará otra linterna y se crearán nuevas identidades que acabarán por iniciar un nuevo camino, cuando llevan ya milenios dando las mismas vueltas a la noria.

Algún día despertarán y entonces... Ha perdido interés en continuar contemplando tan triste panorama. Está sintiendo que algo le atrae hacia lo alto. Se deja llevar, imbuido en la paz de quien por fin ha despertado de una larga pesadilla. Una luz poderosa y tan amorosa que no puede resistirse a su atracción, lo va envolviendo. No desea volver a reencarnarse nunca, regresar otra vez para coger aquella ridícula linterna. Algo le dice que su futuro está en

sus manos. Siempre lo estuvo, aunque no pudiera comprenderlo. Ahora, que está viendo la luz, nada podrá engañarlo otra vez.

Se deja atrapar en el infinito sol, no sin antes pensar por última vez en aquellos pobres ciegos, caminando en línea recta hacia la oscuridad infinita. No echa de menos el paso del tiempo, porque ahora sabe que era simplemente la luz de una linterna, iluminando un presente que en realidad existía desde siempre.

FIN



RELATOS ESOTERICOS II

EL VERDUGO DEL KARMA



NOTA: En este segundo episodio introduzco el humor como la forma más asequible de clarificar y endulzar un tema de por sí inextricable y bastante duro. El simpático verdugo del karma me servirá a partir de ahora como hilo conductor para ir enlazando los diferentes episodios. Ya desde niño tenía una deuda pendiente con el concepto de mal y con la consecuencia lógica e implacable de admitir la existencia del mal: la justicia. En los tres días de ejercicios espirituales que sufríamos todos los internos en aquel colegio religioso se hablaba sobre todo de las postrimerías (la verdad imposible de contradecir de la muerte a la que estamos condenados)

y del pecado (principalmente de coloratura sexual). Yo era tan ingenuo que llegué a creer en la posibilidad de que Dios me castigara hasta por una inocua y práctica mentira. Recuerdo haberme pasado horas meditando sobre la posibilidad de morir en pecado (aunque fuera un simple pecadillo) y ser castigado por toda la eternidad al fuego inextinguible del infierno. Viví angustias sin cuento hasta que con el tiempo adquirí la capacidad de pensar por mi cuenta. Si Dios era la bondad absoluta, la sabiduría infinita, la omnipotencia y la justicia por antonomasia no podía castigar a nadie (ni siquiera a los asesinos, los verdugos y los torturadores) con algo tan desproporcionado como una eternidad de penas inimaginables. No, me gritaba a mí mismo en los largos monólogos, eso no puede ser cierto.

Por suerte, siendo aún muy joven, cayeron en mis manos algunos libros sobre filosofías orientales, especialmente sobre budismo. Entonces descubrí el concepto de karma y eso me permitió afrontar ese grave problema, que me angustiaba a menudo y tenía mi mente y corazón en vilo. El karma era mucho más aceptable que el infierno. Sin embargo existían serias complicaciones a la hora de plantearme el posible castigo individual por el mal realizado conscientemente sobre nuestros semejantes. No digamos si el planteamiento era sobre el karma colectivo de todo un grupo social. En ese caso las complicaciones y contradicciones del concepto de karma se hacían mucho más evidentes e insolubles. ¿Cómo se puede medir el mal causado y la reparación imprescindible en un universo justo?. ¿Cómo se puede castigar a todo un pueblo por un karma colectivo. Estos relatos nacieron como un intento de visualizar y clarificar conceptos tan complejos como la posible existencia del más allá, de la justicia kármica, de la vida espiritual y de la jerarquía de seres evolucionados en un universo que no puede ser únicamente material. Mientras los escribía, al tiempo que simplificaba ideas muy difíciles de admitir para la lógica, me encontré con nuevos problemas que requerían soluciones minimamente aceptables. Sigo sin entender cómo es posible la existencia del mal, de la reparación justa, aún en el caso de admitir la reencarnación, y de cómo podría ser la vida de seres no materiales en planos invisibles, alejados de la materia y más cercanos a la energía pura. Sin embargo al escribir estos relatos he podido dibujar de forma muy plástica cuáles son los problemas filosóficos que conlleva la creencia en la existencia de un

más allá y sus posibles soluciones. Mi vocación frustrada de filósofo ha tenido momentos de intensa y placentera reflexión. Al mismo tiempo no he dejado de divertirme un solo momento mientras los escribía. Eso es algo que nunca agradeceré bastante a la literatura: los impagables periodos de diversión, casi mística, que me proporciona. Se puede negar por principio la existencia del más allá, se puede pensar que es una estúpida pérdida de tiempo plantearse estos temas, pero como narrador, siempre atento a las historias originales y con posibilidades de convertir la ficción en algo más que un conjunto de trucos de feria, he encontrado en el conocimiento esotérico y en la sabiduría espiritual el universo inagotable que andaba buscando. Como escritor sigo pensando que escribir, aparte de la exquisita diversión que proporciona, es un camino de conocimiento de uno mismo, de los demás seres con los que convivimos y del entorno en el que nos han nacido.

Dedicado con toda intención a cuanto asesino, genocida, terrorista, verdugo, torturador y gente de igual o parecida ralea, pulula o ha pululado a lo largo de la historia en nuestra sociedad y dedicado a todos nosotros para que nos ayude a reflexionar sobre las insólitas consecuencias de nuestras conductas más cotidianas si...

LOS VERDUGOS DEL KARMA

Los verdugos del karma pertenecemos al escalafón más bajo de los funcionarios que ejercemos nuestra burocrática labor en la gigantesca biblioteca, a la que algunos llaman Archivos akásicos. Situada en el plano inmediatamente superior al material o físico, donde todo es energía, fue creada por los dioses que habitan el tercer plano de existencia, por encima de la materia y de la pura energía. La eternidad de sus vidas y el casi infinito poder que alcanzaron dominando las energías primigenias del universo, les han hecho acreedores a este nombre, aunque en realidad no dejan de ser un grupito más de las infinitas criaturas que habitan los multiuniversos, visibles e invisibles. Ellos dominan todo lo existente por debajo de su nivel evolutivo.



Los archivos akásicos están fuera del tiempo y del espacio. Por lo tanto no puede decirse que fueran creados en un momento determinado del tiempo. Los dioses decidieron que nada de lo que alguna vez existió se perdiera para siempre. Manipulando las corrientes energéticas, que fluyen de forma constante en el infinito océano cósmico, alzaron este edificio con el fin de archivar, en plaquitas de pura energía, la existencia temporal de cada una de las criaturas que habitan o habitaron el universo físico.

Recabaron la ayuda de las criaturas que residimos en el segundo plano para formar el cuerpo de funcionarios divinos. Muchos aceptamos, hastiados de una vida sin norte. Nos examinaron de nuestros conocimientos y experiencias, adjudicándome el más bajo y despreciable de los escalafones funcionariales. Ahora soy verdugo del karma y no me quejo, porque

mi vida está muy lejos de ser aburrida. Para las criaturas físicas seríamos una especie de dioses si pudieran vernos o supieran de nuestra existencia. Es una de las paradojas de la vida. El que un mísero burócrata como yo pueda ser considerado un dios por criaturas inferiores no deja de ser algo tan normal y lógico como el que una hormiga, pongamos por caso, vea a las criaturas humanas como Titanes casi omnipotentes.

* * *

La función de un verdugo del karma resulta de todo punto imprescindible, puesto que no siempre los muertos reconocen los evidentes errores que han cometido a lo largo de su vida. Los multiuniversos no podrían seguir su camino en el tiempo y en el espacio si sus criaturas se negaran a aceptar la reparación correspondiente por las culpas que han hecho sufrir a los seres conscientes de su entorno.

Nuestra tarea resulta bastante simple. Algunos de mis compañeros incluso murmuran acerca de la vagancia congénita de estos dioses que apenas se ocupan de nada, delegando los trabajos más sucios en criaturas inferiores. No sabemos en qué actividades centran su consciencia estos dioses, ya que rara vez podemos hablar con ellos. Cuando se acercan a nosotros es siempre para impartir órdenes. Así se ha establecido: que exista una jerarquía en el Cosmos y los seres más evolucionados estén por encima de los que aún no han alcanzado ese nivel.

Toda criatura inteligente o consciente sueña, lo que no sabe es que muchas veces acude a esta biblioteca para conocer su futuro o repasar su pasado. Se trata del sueño profundo que rara vez recuerdan. Los archiveros les reciben y les ayudan a encontrar la secuencia de su pasado o de su futuro que desean visionar. No es una tarea tan desagradable como la nuestra. Los verdugos del karma estamos obligados a recibir a los que mueren, a calmar su angustia y a obligarles a que repasen su vida y decidan de acuerdo a ella lo que quieren hacer con su futuro: reencarnarse y pagar su karma o quedarse en este plano si la hucha de su karma está a cero.

La mayoría se niegan a pasar por esta tortura y patalean y berrean como tiernos infantes contradecidos por los adultos en sus deseos sin sentido. Muchos quieren vengarse sin pérdida de tiempo del daño que les han infligido sus semejantes. Otros se niegan a reencarnar, alegando que por mucho karma que tengan pendiente ellos ya han sufrido demasiado. Es entonces cuando entramos en acción los verdugos del karma. Les colocamos una argolla energética en los cuellos de sus cuerpos astrales y les obligamos a que nos acompañen a los sótanos de tortura.

Allí los archiveros nos han dejado el vídeo correspondiente a la vida del fallecido y nuestra labor es enchufar a su cerebro astral el cable de energía que les conectará a su pasado. Cada escena de su vida, en forma cronológica, comienza a ser revivida en su consciencia. Su rebeldía a esta tortura con frecuencia resulta aterradora. Nosotros les ayudamos a pasar el trago con buenas palabras y a veces nos vemos precisados a llamar a los doctores para que les calmen y puedan seguir siendo torturados.

Los casos más desesperantes son los de quienes creen haber sufrido dolores y angustias sin cuento debido al comportamiento de los otros. Su desmesurado deseo de venganza les impide repasar su vida buscando errores propios -los ajenos se los conocen al dedillo- y mucho menos que les enchufemos el vídeo de sus enemigos para que puedan captar en profundidad los sentimientos más íntimos que les llevaron a un comportamiento poco generoso con sus semejantes.

Es aquí cuando el verdugo del karma se gana su pequeño sueldo mensual (consistente en visiones elevadas y éxtasis místicos de corta duración). Es preciso emplear toda la fuerza para que estos vengativos recalcitrantes se dejen enchufar al vídeo de sus enemigos. Y aún entonces, en algunos casos, se ven ratificados en sus poco caritativas suposiciones, puesto que resulta, del contacto con sus pensamientos y sentimientos más íntimos, que actuaron con absoluta malevolencia consciente. Los fallecidos afectados por semejante desvergüenza de sus semejantes sufren severos síncope debido la rabia que se apodera de todo su ser y nos vemos precisados a llamar a los doctores kármicos que deben

tranquilizarles con un severo tratamiento hipnótico, haciéndoles creer que su vida pasada fue sólo una pesadilla de niños malos.

Queda mucho por ver y conocer en esta formidable biblioteca cósmica, pero el deber me llama, queridos amigos. Hoy me toca guardia y se acaba de encender el pequeño pilotito rojo que llevo colgado al cuello. Eso significa que acaba de traspasar el umbral un caso desesperante y debo hacerme cargo de él sin dilación alguna. Ustedes pueden seguir soñando, piensen por un momento en algo agradable y el sueño se modificará al instante. Mañana, nada más dormirse, recuerden que tenemos una cita, ustedes y yo, para conocer el resto de este formidable edificio donde se albergan los archivos akásicos...No, no tengan miedo, aquí no se gastan bromas. Somos muy serios y respetuosos. Chao, arrivederchi, good bay, a tout a l'heure, hasta pronto, nos vemos...

Si no fuera por quienes nos visitan en sueños la soledad de los verdugos del karma sería irrespirable. Como ustedes saben muy bien la soledad es lo que peor se lleva, tanto en el más acá o en el más allá, según se mire con su perspectiva o con la mía. De pronto me he dejado llevar por la risa tonta. Me estoy carcajeando como un bendito.

"Aquí somos todos muy serios". Jaja. Ya verán esos pardillos lo que es bueno. Pero voy a tener que andarme con cuidadito porque como me pille un dios del karma las voy a pasar canutas. Esos sí que son serios. Ya lo creo.



DIARIO DE UN VERDUGO DEL KARMA



PRIMERA ENTREGA

Que recuerde, en todas mis reencarnaciones fui considerado como “un personajillo bastante raro” por la gente de mi entorno. Lo que me sorprendió, sobre todo al principio, fue que al desencarnarme y permanecer aquí en uno de los escalones más bajos de la jerarquía cósmica del mundo desencarnado o más allá o dimensión paralela, es decir como verdugo del karma, la gente me seguía considerando como “un personajillo raro”. ¿Qué hago yo para merecer esto?

Cuando me destinaron una temporadita, en comisión de servicio, a los archivos akásicos o biblioteca de todo lo que ha existido, existe y existirá, y especialmente de personas y seres inteligentes, descubrí, al hurgar en las estanterías de videos y libros,

donde se archivan todas las reencarnaciones y escenas de las mismas, de la "a" a la "pá", que algunos vídeos o libros estaban vacíos, limpios como una patena. Eso me sorprendió tanto que solicité audiencia con el Archivero Mayor y le expliqué el problema. El buen anciano se sonrió y me preguntó qué curiosidad me había llevado a buscar explicaciones en lugar de dejar las cosas como estaban, tal como hacían los demás.

-Bueno, le dije, no me encaja. Eso es todo.

-¿Seguro que es todo?

-Bien, no, he pensado en utilizar esos libros y videos vacíos para llevar un diario personal. ¿Le parece mal?

-Al contrario. Me encanta que alguien haya decidido pensar y actuar por su cuenta. Estoy harto de burócratas y chupatintas sin la menor creatividad. Se conforman con archivar los documentos en el estante correspondiente y en la letra que procede, y luego, en sus ratos libres, curiosear en vidas ajenas, como auténticos cotillas. ¡Parece mentira que llevando tanto tiempo aquí todavía sientan curiosidad por algo! En cambio tú, un novato en comisión de servicio, no solo no se entretiene husmeando en vidas ajenas, sino que quiere escribir un diario. ¡Un diario! ¡Sabiendo que cada segundo de tu vida queda reflejado en el correspondiente archivo afásico, con pelos y señales, con pensamientos y emociones! Eres un poco rarillo, pero no me parece mal. Aquí necesitaríamos un rarillo de vez en cuando para que nos despertara del letargo. Por supuesto que puedes escribir tu diario, pero siempre en el tiempo libre que te dejen tus quehaceres, en caso contrario tendré que informar a tus superiores.-Se lo agradezco mucho, señor Archivero Mayor, pero no ha respondido a mi pregunta. ¿Qué hacen esos videos y libros vacíos en las estanterías, como escondidos por un niño juguetón?-Es un secreto, un misterio, "top secret", pero creo que debo premiar tu originalidad y creatividad. Esos libros y videos estuvieron, en un tiempo, tan llenos como los demás. Como sabes al

nacer a la personalidad, por un acto generoso de la Divinidad - ¡que su nombre sea siempre adorado!- toda nueva criatura en los siete Superuniversos, recibe un nombre, su primer y eterno nombre y se le asigna un archivo en esta gran biblioteca Akásica. Allí comienzan a escribirse y grabarse sus primeros pasos en el mundo de la consciencia y sus posibles futuros, los que serán y los que no serán o podrían ser y dependen de su libre voluntad. Esos archivos nunca estarán ya vacíos, a cada instante se irán completando con los diferentes pasados y futuros y escenas de cada presente en las diferentes reencarnaciones. Se abren nuevos archivos para cada ramificación que se abre o se cierra con cada decisión. Los archivos crecen y crecen, nunca disminuyen... Pues bien. Existe un caso en el que esos archivos no solo dejan de crecer, sino que acaban completamente borrados, como si nunca hubieran existido.

-Perdone, respetado Archivero Mayor, pero me temo que eso es imposible. Nunca he oído hablar de semejante posibilidad. Confieso que me siento aterrorizado.

-Y es para estarlo, querido amigo. Estamos hablando de la aniquilación perpetua sin posibilidad de remisión alguna. Ya sé que vosotros, los mortales, los reencarnados, estáis más acostumbrados que nosotros, los eternos, a pensar en esa posibilidad. Al fin y al cabo en cada una de vuestras reencarnaciones os habéis planteado, como quien bebe un vaso de agua, la posibilidad...-¡qué digo!- la certeza de morir para siempre. Es algo que asumís en cuanto os llega el uso de razón. Somos mortales, lo nuestro es morir y una vez muertos no existe resurrección ni reencarnación. Para los eternos es inexplicable que una consciencia pueda llegar siquiera a plantearse la aniquilación total, el regreso a la nada. Si fuéramos capaces de hacerlo la angustia nos acabaría aniquilando. Solo la inconsciencia más absoluta es capaz de pensar tal cosa... Pues bien, la muerte sí existe, la aniquilación total, la única muerte posible para los eternos sí es posible. Solo en casos excepcionales y por sentencia inapelable del tribunal de los Ancianos de los Días, los regentes de los

Superuniversos. Estos casos son muy insólitos y solo en supuestos de rebeldía, como es el caso de Lucifer en el sistema del que tú procedes.



-¿Quiere usted decir, amado Archivero Mayor, que Dios, la Divinidad, permite que se aniquile alguna de las criaturas que él ha creado?

-¿Acaso no lo pensaste una y mil veces mientras estaba reencarnado?

-Entonces no creía en Dios.

-¿Y ahora sí?

-Bueno, digamos que estoy más predispuesto a ello. Una vez muerto y habiendo comprobado que la muerte solo es un paso más en la evolución, creo que soy capaz de creer en cualquier cosa, incluso en la existencia de Dios.

-Me alegro por ti, querido hijo. Pues bien, ya sabes a qué se deben los videos, libros y demás archivos en blanco. Tienes mi permiso para utilizarlos y escribir tu diario, aunque repito que eres un poco rarillo. ¿No crees?

Ya antes me lo habían dicho, pero cuando el Archivero Mayor me lo confirmó, acepté de una vez y para siempre mi condición de "rara avis".

Y aquí finaliza esta primera entrega. Cuando un compañero me ha visto escribiendo en el libro, se ha acercado, muy intrigado y me ha preguntado qué estaba haciendo. Cuando se lo he dicho se ha llevado las manos a la cabeza mientras exclamaba: ¡Pero qué raro eres! A continuación me ha preguntado si tenía autorización del Archivero Mayor. Aquí hasta el burócrata o chupatintas más humilde se cree con derecho a pedirte cuentas de todo. Sabiéndolo el buen anciano me facilitó un pequeño documento que le enseñé con gran regocijo por mi parte.

Se alejó rezongando. Imagino que mañana todo el mundo sabrá por estos pagos lo raro que soy, si es que no lo sabían ya.



DIARIO DE UN VERDUGO DEL KARMA

SEGUNDA ENTREGA

Fue una gran sorpresa para mí el que los dioses del karma me ofrecieran quedarme en el más allá -más acá para mí- sin obligarme a una nueva reencarnación. A pesar de que el cargo de verdugo del karma es uno de los más bajos en el escalafón cósmico y de que en esta dimensión somos considerados más o menos como proletarios de baja estofa -basureros espirituales- no lo dudé ni un segundo. Estaba harto de reencarnaciones, con todo lo que esto lleva consigo. A pesar de que uno siente la tentación de introducirse en un cuerpo y volver a disfrutar de algunos placeres, tales como el sexo corporal o el indudable placer de la comida material y tantas, tantas otras cosas, lo cierto es que el dolor, el sufrimiento, la falta de control de tu destino, los avatares por los que pasa tu memoria -de recordarlo todo a no recordar casi nada- hacen bastante molesto, para mí terrible, la sola idea de tener que volver a encarnarme.

Fue aún más sorprendente que no tuvieran en cuenta las circunstancias de mi fallecimiento. Me desencarné de forma violenta y por mi culpa, de eso no hay la menor duda. Ya en otras reencarnaciones había tenido problemas, a veces serios problemas, con la lujuria. Me gusta la comida y en alguna reencarnación he sido obeso y he muerto de diversas causas, todas relacionadas con mi gordura, pero el sexo se lleva siempre la palma.

En este caso cometí el error de intentar seducir y vincularme con una preciosa mujer con la que ya había compartido lecho, como amante, como marido y hasta como recambio o pieza de quita y pon. Claro que yo esto no lo recordaba entonces -lo supe con todo detalle al morir- y por eso me dejé llevar por el impulso. Adoraba a aquella mujer y sobre todo adoraba su espléndido cuerpo. A pesar de esta adoración ella me dio calabazas. Así mismo supe al morir que no lo había hecho porque no le gustara yo -al contrario le gustaba mucho- sino por ese sentido práctico que tienen las mujeres en general y del que carecemos los hombres, a pesar de nuestros vanos intentos por convencernos de que ellas son "mariposillas que van de flor en flor" y nosotros "gente seria". Ella era muy consciente, cuando me rechazó, de que lo podría pasar muy bien conmigo durante una temporada, pero que dada mi acreditada fama

de “picaflores” tendría todas las cartas de la bajara para perder la partida y de forma dolorosa.

El hecho de que me rechazara no me desanimó. Seguí insistiendo. Ella acabó casándose con un hombre al que yo consideraba un calzonazos, pero que acabaría por matarme, lo que no deja de ser una chocante manera de comprobar lo mucho que me había equivocado al juzgarlo. No me importó ni poco ni mucho que ella estuviera casada y aprovechando una ocasión propicia –ella estaba muy desanimada con su marido y habían tenido una bronca bastante importante- logré obtener sus favores. Yo creía por primera vez, aunque luego, al morir, repito, supe que llevaba obteniendo sus favores y ella los míos durante muchas vidas.

Todo fue bien durante un tiempo. Lo pasábamos maravillosamente en la cama, nos entendíamos muy bien fuera de ella. Las ausencias de su marido, por su profesión y porque cada vez discutían más, nos permitían vivir como pareja de hecho durante largos periodos, a veces hasta semanas enteras. Como el matrimonio no tenía hijos ella podía dedicarme todo su tiempo.

Yo había subestimado al calzonazos de su marido –como he dicho antes- y no estaba preocupado, ni poco ni mucho, con que sospechara algo, y mucho menos que nos sorprendiera. Ella en cambio no las tenía todas consigo y no cesaba de prevenirme contra sus celos y su mezquina forma de actuar en ciertos supuestos. No hice caso y eso me costó la vida.

Al morir sabría todos los detalles, pero en aquel preciso momento, mientras galopaba sobre ella, con un enorme placer por mi parte y casi tanto o más por parte suya, y daba la espalda a la puerta de la habitación, ni podía imaginar que la peor de todas mis posibles pesadillas se haría presente. Lo supe con certeza cuando un cuchillo penetró por mi espalda y se astilló en una costilla. Aún estaba vivo y, muy consciente de que debería reaccionar con urgencia si quería seguir estándolo, me retiré de mi amante y me lancé sobre su marido, buscando el cuerpo a cuerpo que me permitiera estrangularlo. Sí, porque eso era lo que pensaba hacer si nada me detenía. Para mi desgracia el calzonazos era muy fuerte y estaba tan rabioso con lo que había visto que me lanzó contra la mesita de noche... Y aquí entra en juego mi karma, aunque muchos lo llaman destino o mala suerte. Me golpeé la nuca contra la esquina del mueble, con tan mala fortuna kármica que la madera penetró en mi nuca y me segó la columna vertebral, bulbo raquídeo o lo que

fuera o fuese -¡maldito sea su nombre!- haciéndome fallecer “ipso facto”.

No tuve ni tiempo para prepararme a morir, porque mientras luchaba estaba convencido de que saldría vivo y el otro idiota muerto. Mi típica sobreestima, mi maldita inconsciencia para afrontar los riesgos más evidentes, me catapultó al más allá -ahora más acá- sin la menor preparación.

Eso es malo. Morir sin saber que te estás muriendo y si además es una muerte violenta, te crea un shock de padre y muy señor mío. Te quedas que no sabes dónde estás, ni quién eres, ni si estás vivo o muerto. Y eso te genera una angustia espantosa. Yo supe que estaba muerto enseguida, en cuanto contemplé mi cuerpo desangrado sobre el suelo.

Estaba revoloteando sobre el techo y todo lo veía desde arriba. Mi cuerpo desmadejado, el cuerpo del marido que me miraba con ojos extraviados (mi mente captó la suya y supe que no había deseado mi muerte; sí darme un susto, un buen susto, pero solo eso) y el cuerpo desnudo de la esposa y amante y adúltera y preciosa mujer de mi vida, que no se había vestido, casi ni se había movido, y gritaba, histérica, y golpeaba con los puños en el lecho y miraba a su marido con ojos de lunática.

Por suerte -según supe después- el número de mis muertes violentas era muy alto y la experiencia me permitió tomar al toro por los cuernos y lograr calmar al marido. Sí, porque una vez tomada consciencia de la situación, comenzó un razonamiento que a él le pareció muy lógico y que a mí me llegó como la locura más terrible que cerebro alguno pudiera concebir. Estaba pensando en matar a su esposa, puesto que: me van a condenar lo mismo por una muerte que por dos, unos días arriba o abajo no son nada cuanto te vas a pasar el resto de tu vida entre barrotes.

Yo no quería que muriera ella. Ya había muerto yo y con eso era bastante. Así que me puse manos a la obra y contactando con la mente del otro logré transmitirle toda mi angustia. Eso le hizo mirar mi cadáver unos instantes y ponerse en mi piel, antes de lanzarse, cuchillo en ristre contra su esposa. Fue tiempo suficiente para que comprendiera la enormidad de lo que había hecho. Su esposa, y mi amante, se desmayó, y eso me libró de intentar calmarla, porque estaba pensando en arrojarla por la ventana.

Según sabría después con todo detalle, la fortuna hizo que alguien avisara pronto a la policía y que ésta compareciera en el piso

y esposara al asesino y se llevaran en ambulancia a la esposa y los forenses se llevaran mi cuerpo, un poco después.

Había conseguido salvar a mi amante y eso me daba un tiempo para no hacer nada y limitarme a intentar desvincularme de un cuerpo al que el forense iba a abrir por la cavidad torácica, sin la menor compasión ni sensibilidad (se estaba comiendo un sándwich sobre mi cavidad torácica).

Pero será mejor que deje esta historia por el momento. A pesar del tiempo que llevo aquí, como verdugo del karma, aún sigue siendo para mí muy doloroso recordar aquel acontecimiento. Será por eso que los archivos akásicos no se consultan tanto como supondría una persona encarnada, quien seguramente se lo pasaría en grande consultando los vídeos más íntimos de las personas que conoce o que desea conocer “en profundidad”.



LOS DIOSES DEL KARMA

I



EL INICIADO

Un verdugo del karma sabe muy bien que sus competencias pueden ser ampliadas, reducidas, modificadas, anuladas... Como burócrata que es acepta con resignación su destino, incluso cuando una comisión de servicio te obliga a realizar un trabajo que nadie quiere, del que todos huimos si nos es posible.

Servir de guía turístico de un iniciado es una de las peores comisiones de servicio a que puede ser enviado un verdugo del karma. Hemos establecido un turno de guardia entre nosotros, los verdugos, para evitar que alguien sufra el acoso de un dios kármico enfadado o que la estulticia del jefe de sección de turno cargue a uno con un trabajo que todos deberíamos llevar a cabo, en forma justa y equitativa.

Los nuevos iniciados acostumbran a ser un tanto pejugueras. Con eso de que creen estar viéndolo todo por primera vez, se ponen a criticar desaforadamente lo que no les gusta; se rebelan contra las leyes más naturales; despotrican de esto, de aquello y de lo demás allá, y lo que es peor, insultan, a todo aquel que tiene la desgracia de cruzarse en su camino. Eres un tal o un cual es lo menos que nos dicen a sus guías. En una palabra, acostumbran a ponerse muy violentos. Y eso siempre resulta desagradable, aunque luego puedas tomarte la revancha, tomándoles el pelo a gusto y gana.

Cuando la lucecita roja de mi colgante se iluminó supe que algo malo iba a sucederme. Como estaba en turno de guardia para atender a los nuevos iniciados, no me hice muchas cábalas sobre lo que significaba aquella llamada a horas intempestivas.

Normalmente los novatos, los iniciados que acceden por primera

vez a nuestro edificio burocrático, terminan siempre perdidos en el vestíbulo. El conserje de turno no precisa intercambiar una sola palabra con ellos para saber quiénes son y a qué vienen. Se limitan a pulsar la tecla que enciende la lucecita roja del verdugo del karma en turno de guardia y procuran vigilar con ojos atentos al iniciado para que el muy palurdo no toque donde no debe y nos haga saltar por los aires, o se cuele por una puerta que no es, y organice un lío de mil demonios.



Lamenté no poder acudir aquella noche a la cita con mis turistas oníricos. Era un grupo bastante manso y que no creaba más problemas de los imprescindibles. Les había presentado al archivero mayor y devuelto con una facilidad pasmosa a su estúpida realidad vigil. Me había hecho a la idea de acompañarlos durante varias noches, enseñando a aquellas cabezas de chorlito los lugares más comunes de nuestro mundo. Me las prometía muy felices gastándoles algunas bromas, inocuas, aunque en extremo regocijantes. Pero el deber es el deber y hacer novillos no resulta muy divertido aquí, cuando un dios del karma puede ponerte las peras al cuarto y gastarte alguna de sus terribles bromas.

Así que me busqué un sustituto para la noche y me dirigí al vestíbulo, fantaseando con las posibilidades que el novicio de turno me permitiría ensayar, según su inteligencia fuera cero o estuviera por debajo de esa línea. Apenas pisé el abovedado y amplio vestíbulo, el conserje de turno salió a mi encuentro y me señaló a un joven despistado que no dejaba de dar vueltas y más vueltas, de acá para allá, tanteando puertas, buscando extraños resortes en las paredes y lanzando patadas al mobiliario y enseres que jalonaban el extenso espacio a su disposición.

Me encogí de hombros, hice un gesto amistoso al conserje y me acerqué hasta el iniciado, sin ninguna prisa, observando con

detenimiento sus gestos, por si podía darle ya una nota de inteligencia cero o debería rebajarla hasta intentar batir el record de estupidez de los iniciados, que estaba bastante alto.

-Hola amigo. ¿Se ha perdido?

El joven me oyó. Algo de lo que no son capaces la mayoría, que creen haberse vuelto locos por oír voces donde todo debería estar silencioso. Eso me hizo pensar que me encontraba en presencia de un "cero" y no debería darle más vueltas al asunto. El joven se volvió y me percibió, algo que ya de por sí indica un estado de evolución poco corriente. Una gran parte de los iniciados se pasan varios minutos intentando localizar de dónde proviene la voz, sin llegar a encontrar a su guía, aunque se den de bruces con él.



-Menos mal que le encuentro. Le juro que no sabía por dónde salir de este maldito laberinto.

-Puedo saber qué desea? ¿Qué le trae hasta aquí? ¿O se trata de un secreto que solo puede desvelar a presencia de un dios?

-¿Dios? ¿Existe Dios?

Estaba claro. Se trataba de un ejemplar "iniciatus filosóficus" con muchas ganas de dar la tabarra.

-¿Sabe al menos dónde se encuentra?

-Imagino que en alguno de esos mundos extraños a donde me llevan a menudo mis ejercicios de relajación.

-Algo así... Bien, voy a presentarme. Soy un verdugo del karma, no importa mi nombre, y le serviré de guía por este lugar.

-¿Un verdugo del karma? ¡Qué interesante!

-Como supongo que su tutor le ha enviado aquí para conocer el funcionamiento del engranaje cósmico y para echar un primer vistazo a los dioses del karma, me permito sugerirle que me acompañe.

-Me niego rotundamente si no me explica qué está pasando. Me lo temía. El iniciado filosófico no da un paso sin antes saber dónde va a pisar.

-¿No recuerdas nada, amigo?

Se quedó un rato en suspenso y de pronto una lucecita se iluminó dentro de su cabezota.

-¡Ah, sí, el sueño!



-Exacto. Si estás aquí es porque has llegado a un acuerdo con tu maestro o tutor. Has aceptado conocer alguno de los secretos que tanto te inquietan y planificado y programado esta visita... Pues bien yo soy tu guía. Como sabes el maestro no puede entrar aquí con sus novicios o iniciados. Así pues tendrás que aceptarme a mí, lo quieras o no.

-Está bien. No se apesure, amigo.

-Lo siento. Hay mucho para ver y tengo cosas más importantes que servir de guía a un palurdo como usted.

-Oiga. No me insulte. Aunque mi conocimiento sea limitado, en mí late la chispa divina, que es igual a la suya. ¡Vaya con cuidado!

Me carcajé en su cara. Al menos, pensé, no me aburriría con aquel pardillo, no.

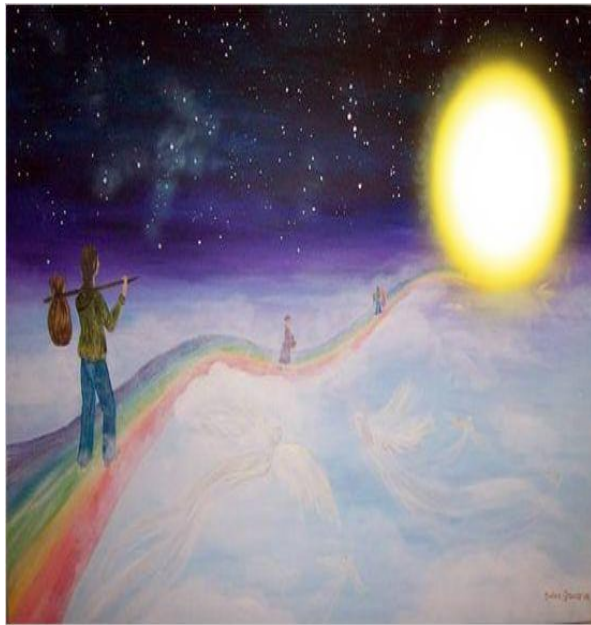
-Vamos, no se enfade, la visita programada es muy larga.

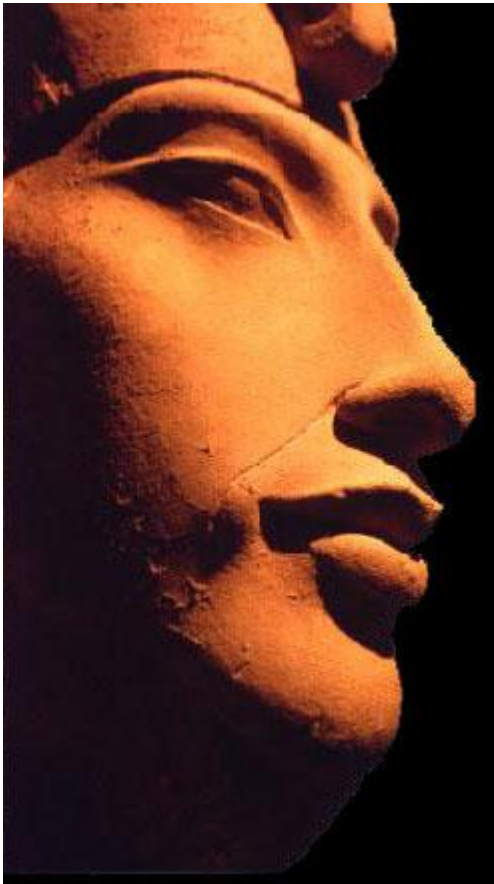
Cuanto antes nos pongamos en camino antes la terminaremos. Si es tan amable cierre los ojos. Le tocaré con mi dedo en el tercer ojo

y cuando le ordene abrirlo nos encontraremos en el salón de guardia que utilizan los dioses del karma para vigilar la realidad del mundo visible. Le suplico procure pegarse a mí, no gritar, hacer el menor ruido posible y seguir todas y cada una de mis instrucciones. De otra manera le harán pagar su osadía.

Cerró los ojos. Puse mi dedo índice en su entrecejo y grité:

-Un...dos...tres...





Había decidido gastarle una broma. Los iniciados suelen ser bastante burros para estas cosas de captar cómo funciona todo por aquí. Creen que la realidad pasaba no puede modificarse y por lo tanto cuando recuerdan algo de una determinada manera es porque en realidad sucedió así y no de otra manera. No entienden eso de los mundos paralelos, las distintas dimensiones, la posibilidad de que la realidad sea de mil formas diferentes y que cada individuo capte la que más le interese... Ahora que en el mundo de los mortales de carne y hueso ya llevan un tiempo jugando con la física cuántica y sabiendo que en el microcosmos las cosas son y no son y pueden ser de tantas formas que el pensar que lo que uno recuerda de su pasado es lo que realmente sucedió y lo único que pudo haber sucedido, suena a tontería infantil.

Mi broma iba a consistir en hacerle vivir nuestro encuentro de forma distinta y que recordara los dos. ¡A ver por dónde me salía aquel pazguato!

SEGUNDA VERSIÓN DE LA HISTORIA

Los verdugos del karma tenemos formas para servir como cicerones a los nuevos iniciados. Son tan pocos que el turno apenas

corre y uno puede pasar años sin que le toque esta tarea, a veces ingrata, y otras, muy interesante, y hasta divertida.

Recibí la comunicación y me preparé para enfrentarme al iniciado de turno, sin muchas esperanzas de que esta experiencia me aportara algo nuevo o al menos me hiciera pasar un buen rato. Con los iniciados no valen los trucos que solemos emplear los verdugos del karma con los dormidos, fáciles de manipular, o con los muertos, tan confusos que dan pena. Los iniciados vienen con los ojos bien abiertos y no se dejan tomar el pelo sin oponer una férrea resistencia.

Sabemos la hora y el lugar en que se materializará -es una forma de hablar- su cuerpo astral, pleno de energía y de consciencia. Normalmente los iniciados llevan mucho tiempo apareciendo por estos lares, unas veces completamente dormidos y otras veces con un ojo medio abierto y mucho miedo en el cuerpo. Nos conocemos bien y a veces hasta nos saludamos, a menudo deciden olvidar las experiencias que viven aquí, para no traumatizarse. ¡Ingenuos y tiernos corderitos! ¡Cómo si la vida no traumatizara mil veces más! Y sin embargo bien que abren los ojos cuando el hachazo -estoy hablando en metáforas- del prójimo descarga sobre su cabeza.

La iniciación no es otra cosa que la primera vez que un adepto - que lleva mucho tiempo trabajando por describir qué se esconde tras el telón del Gran Teatro del mundo- viene perfectamente consciente y dispuesto a recordar todo lo que le suceda aquí. Suelen sorprenderse mucho de cosas que han visto ya mil veces y se ponen rebeldes y farrucos cuando algo no les gusta. ¡Como si aquí repartiéramos caramelos!



Cuando observé a mi tierno corderito, me santigüé, como si estuviera en una de esas iglesias que los mortales de carne utilizan para intentar llegar a un mezquino acuerdo con los dioses. Aquí, por el contrario, se dicen las verdades del barquero y más vale no llegar a acuerdo porque siempre sales perdiendo, se acuerde lo que se

acuerde. Mi iniciado de turno era uno de esos repugnantes cobardes que cuando se van enterando de que ni la vida ni la muerte son como todo el mundo creía que eran (como si la realidad tuviera que adaptarse a lo que piensa uno o un millón) pone el grito en el cielo y clama a grandes voces que le han estafado, mentido y engañado. ¡Que no hay derecho! ¡Que esto va a cambiar de arriba abajo! ¡Que ni los dioses ni los hombres podrán obligarle a hacer lo que no quiera!

¡Bien poco se quejan cuando en sueños les cae la breva de una experiencia erótica! Entonces lo recuerdan como un sueño muy agradable, y en lugar de hacerse conscientes de cómo son las relaciones sexuales por aquí, en el mundo de los sueños o en el más allá, se limitan a disfrutar sin hacer preguntas. ¡Si yo les contara!

Mi iniciado era especialmente incordi3n y rebelde, aunque por el contrario poseía hermosas cualidades, tales como una inteligencia muy dispuesta y un sentido del humor raro, pero espléndido cuando estaba en vena.

Me acerqué a él, que tenía los ojos muy abiertos, como platos, dispuesto a afrontar la tarea con esperanza, la esperanza de que el iniciado tuviera un día bueno y no estuviera de un humor de perros.

-Creo que a usted lo conozco.

Me soltó con una ingenuidad que casi me tumba de risa. ¡Cómo que me conocía! Nos veíamos tanto que éramos casi íntimos.

-No se esfuerce, amigo. Seguro que acabará recordándolo todo.

Le había respondido con lo que intenté fuera una ironía disimulada y una burla no demasiado evidente, incluso para un tonto del bote como él.

Y AQUÍ TERMINA LA VERSIÓN SEGUNDA DE LA MISMA HISTORIA

En realidad el muy idota sabía perfectamente que me conocía muy bien, no en vano acaba de vivir el mismo encuentro, solo que en otra versión diferente. Yo sabía muy bien que recordaba las dos versiones, el problema consistía en que no sabía cuál era la real y cuál la ficticia, producto de su imaginación. Las dos eran reales, pero eso no lo admitiría nunca, porque su mundo mental se vendría abajo.

Le ordené de nuevo que cerrara los ojos. Puse mi dedo índice sobre su entrecejo y grité:

- Un...dos...tres

EL SALÓN DE GUARDIA

Acerqué mi boca a su oreja y susurré.

-¡Ya! Antes de abrir de nuevo los ojos, recuerda que cualquier error se paga muy caro.

La advertencia, por supuesto, era una broma más...casi... no del todo. Porque esta vez sí le había trasladado al gran salón desde donde los tres dioses del karma que están de guardia manipulan el karma de todos los habitantes del planeta Tierra, de donde mi parvulito y yo procedemos. Y no solo eso, también manipulan el karma de todos los seres conscientes de la galaxia. ¡Qué digo! De todo el universo, aún más, de todo el superuniverso al que han sido adjudicados. Es una tarea ingente, yo diría que imposible... a no ser que seas un dios, y concretamente un dios del karma. Por eso precisamente son dioses, porque pueden hacer cosas que están vedadas a cualquier otra criatura del universo.

Mi iniciado es tan sabiondo como lo son todos aquellos que descubren por primera vez la existencia de más cosas en el Cielo y en la Tierra de las que su limitado entendimiento ha sido capaz de comprender hasta ese preciso momento, cuando ven una gran luz y caen del caballo. Y aquí uso al gran Shakespeare y al iniciado Saulo o San Pablo, otro sabiondillo.

Yo también lo fui, como todos. La naturaleza humana es como es y solo el formidable crisol del sufrimiento nos permite ir evolucionando, pasito a pasito. Por eso la expresión de sabiondillo no deja de ser un intento cínico de tomarme con buen humor las debilidades humanas, que yo tuve, tengo y tendré, en mayor número y con más intensidad que el resto de los humanos; no en vano el karma que fui acumulando en todas mis vidas pasadas pesa tanto sobre mi chepa que acepté encantado la posibilidad de irlo purgando como verdugo del karma, una de las tareas más duras a las que se puede aspirar, si te permiten salir por propia voluntad

de la rueda de las reencarnaciones, y subir el más nimio escalón dentro de la inextricable jerarquía cósmica.

La simpatía que siento hacia el iniciado es tanto como la repugnancia que me produce su ridícula soberbia. Por eso trato de tragármelo todo con humor y en pequeñas pildoritas, para que mi estómago no reviente.

El susto que se llevó el nuevo iniciado al abrir de nuevo los ojos hubiera descontrolado mi equilibrio emocional, de no estar acostumbrado a estos sobresaltos de los iniciados. Muchos de ellos sufren un síncope y es preciso llamar al doctor. Este al menos aguantó con entereza digna de un guerrero.

-¡Esto es un sueño! ¡No puede ser verdad!

Es la típica reacción de incredulidad. El protocolo aconseja en estos casos que se le explique al iniciado, con todo lujo de detalles, dónde se encuentra y lo que se espera de él. Por supuesto que lo iba a hacer. No podía saltarme el dichoso protocolo sin sufrir las consecuencias, pero antes me divertiría un poco más a su costa.

Al abrir los ojos de nuevo el iniciado sintió un terrible desconcierto, que yo percibí de inmediato, no en vano un guía debe vincularse con los turistas que los jefes ponen a su cargo en misiones siempre voluntarias y siempre imposibles de rechazar, porque la libertad humana está limitada por el conocimiento. A mayor conocimiento menor libertad. Es una de esas paradojas que nos resultan tan difíciles de asimilar conforme evolucionamos y vamos ascendiendo en la jerarquía cósmica. La ignorancia te permite elegir mil caminos, imaginando que todos son buenos para ti y que elegir uno u otro responde en exclusiva a una decisión de tu voluntad.

Orgullosa del don de la libertad, eliges un camino u otro, sintiéndote tan formidable como un auténtico dios. Cuando te elevas un poco en el aire, lo suficiente para poder ver por encima de algunos montículos que obstaculizan tu camino, crees saberlo todo. Conocer que tras aquella colina se esconde un bosque inextricable o

un pantano de arenas movedizas, hincha tu ego, como un frágil globito al que la punta de un alfiler –el dolor- hace estallar al segundo siguiente.

Te vas elevando poco a poco, hasta lograr ver más allá de las montañas más altas. Ahora tus posibilidades de elección se reducen. ¿Para qué seguir un determinado camino si sabes que solo te conducirá al potro del tormento? No tiene sentido. Los caminos aceptables, para tu nueva visión, pasan de ser mil a reducirse a uno, dos y a veces ni eso.

Por estas razones los dioses, a quienes envidiamos por su inmensa sabiduría y poder, son tan humildes. Ven por encima de universos, a vuelo de águila, y cuando deben tomar una decisión de dios prefieren que sea otra jerarquía más alta (los ancianos de los días o las entidades trinitarias del paraíso de Havona; que yo sepa debe haber muchas más) la que le aconseje o sugiera, en lugar de dejarse llevar por su orgullo de dios y luego tener que pasarse milenios o eones deshaciendo lo que una decisión errónea, tomada en un impulso soberbio, ha enrevesado en un nudo gordiano que a menudo solo puede ser resuelto por el filo de la espada.

Un iniciado intuye estas sutiles y maravillosas leyes cósmicas, aunque no es capaz de comprender todas las consecuencias, aunque no es capaz de comprender todas y cada una de las consecuencias, lo mismo que quien ha trepado un montículo no puede saber qué se esconde tras una montaña de ocho mil metros de altura o qué hay al otro lado de un agujero negro.

Por esas y otras razones mi iniciado se sentía tan desconcertado en aquel momento. Por un lado no podía dilucidar cuál de las dos experiencias que yo había colocado en su cerebro, como la sugestión en un nido de serpientes, era la “real”. Él, como otros muchos iniciados, había leído también el Kybalión y conocía una de sus leyes fundamentales: El universo es mental. Pero seguía anclado al viejo axioma humano de que lo real es sólido, temporal y espacial.

¿Qué había de sólido en las dos experiencias vividas? Casi nada. Una podía haber ocurrido “realmente” y la otra ser solo producto de su mente, de su imaginación. ¿Pero cuál de ellas? Yo podría decírselo y él se fiaría de mí, aunque la duda continuaría horadando su lógica, como un gusano cava en un cadáver.

Su miedo le llevó a formular la pregunta y yo me limité a responderle con un encogimiento de hombros.

-¿Cuál crees tú que es la real? -demandé-.

-Sé muy bien que mi mente puede hacer tan reales mis pensamientos como lo son las cosas que ocurren fuera de mí. He leído el Kybalión...

-Lo sé. También sé que sabes que en este plano diferenciar lo que produce nuestra mente de lo que generan las mentes de otros o las realidades creadas por los dioses es tan complicado como el que un niño sepa si un adulto le está mintiendo o no, o que la muerte ocurrida a un persona en una película no sea igual que la muerte de una persona fuera de la película. ¿Pero a qué nos llevaría todo esto?

El iniciado se sintió humillado por mis palabras y no quiso formular más preguntas, se limitó a observar lo que estaban viendo sus ojos. Yo me sonreí, cínicamente, por dentro, y aposté ante mí mismo sobre el tiempo que tardaría en preguntarme sobre lo que estaba viendo.

Nos encontrábamos en el salón de guardia de los dioses del karma. Era inmenso. La mirada se perdía en él, incapaz de concretar sus límites. Formidables columnas sostenían un techo altísimo, abovedado, como una catedral cósmica. A pesar de ello todo parecía lejano, sutil, aéreo, frágil, como las nervaduras de una maravillosa catedral humana. Todo parecía hecho de haces de energía, de un entramado de rayos láser, y sin embargo la sensación de solidez, de inexpugnabilidad, era apabullante.

Continuará

